EL HOMBRE DEL AUTOMÓVIL NEGRO

J.L. Pacheco

Capítulo 1

El hombre del automóvil negro se acerca a paso lento a un puesto de hamburguesas y mira por unos instantes a la chica que espera tras el mostrador, como si la conociera de siempre. No sabe por qué, pero en su cerebro debe quedarle un pequeño rastro de memoria antigua que le indica que aquel rostro no le es del todo extraño. Sin embargo, es sólo un suceso transitorio en su mente. En seguida —suponemos que todo sucede en una fracción de segundo— recupera inmediatamente el curso de su consciencia y con pasos decididos alcanza el borde de la ventanilla de la camioneta; mira al hombre que trajina pegado a la plancha de cocinar, y sin mediar palabra alguna, le dispara con su revólver *Smith & Wesson Modelo 29* dos tiros en la cabeza. Sólo pasan unos breves instantes —podríamos haberlo apreciado mejor si lo hubiésemos observado a cámara lenta— y el sujeto se desploma y cae al suelo agonizante, mientras su cuerpo comienza a bañarse en un rojo charco de sangre. La chica grita de espanto, pero él ni siquiera la mira. Se vuelve con el mismo ritmo de pasos hasta el vehículo que está parado en la acera de enfrente, con el motor en marcha; abre la puerta y se monta en el lado del conductor. Es entonces cuando su compañero lo mira fijamente a los ojos y le dice:

—Acabas de dejar viuda a Albertina.

—¡Qué coño dices!—. ¿Quién es Albertina?

No hay respuesta, y el vehículo abandona el lugar a toda velocidad. Algunos transeúntes se agolpan junto a la camioneta de hamburguesas, mientras Albertina, tirada junto al cadáver, llora desconsoladamente. Y a lo lejos, igual que el silbato de un tren que se acercara a toda velocidad, se dejan oír las sirenas de la policía.

Capítulo 2

Cuando entró, Marcos le esperaba de pie con actitud hierática en el centro del amplio hall. Era un tipo joven y corpulento de no menos de un metro noventa y más de 100 kilos de peso: el preferido del *Viejo*

—¿Qué haces aquí, Franki?

—Me ha llamado Don Cesare. Parece que quiere hablar conmigo.

—De acuerdo, subamos. Te adelanto que las cosas están que arden desde el tiroteo de la otra noche en el Moonlight. Destrozaron el establecimiento, y además hemos perdido a dos hombres de confianza. Don Cesare está a punto de explotar, y ya sabes lo malo que eso es.

—Yo ahora no quiero saber nada de nade. Hice el trabajo que me encargó y ya está.

—Tú, ándate con ojo, si no quieres que te enfile y te pase lo mismo que a Charlie Mandiano. ¿Lo recuerdas, verdad?

—El *Viejo* me aprecia, aunque yo esté, obviamente, a su entera disposición.

—¡No te confíes, chico! Te lo digo yo. Cuando le veo cambiar el brillo de sus ojos tiemblo. Y ya ves que no me asusto fácilmente.

Antes de subir, se fijó como siempre en la amplia entrada, llena de cuadros de escaso gusto y con recargados muebles de madera antigua. Como de costumbre, cada vez que tenía que visitar al *Viejo*, no podía apartar sus ojos de la suntuosa lámpara de araña que colgaba del techo, quizá demasiado grande para el lugar, pero que por desgracia no le daba juego estético a nada. Decían —en el supuesto de que fuese la auténtica— que había pertenecido al monarca francés Luis XVI y que Don Cesare, por medio de un anticuario sin escrúpulos, la había conseguido a muy buen precio. Cuando quería obligaba a quien fuese a cumplir con sus normas o de lo contrario le daba matarile. Era uno de los amos de la ciudad, aunque había otros y por eso el negocio iba como iba, y de vez en cuando le encargaba los trabajitos finos a Franki, que sin duda alguna era una de los empleados que había colocaba como su mano derecha.

—Te veo dormido, Franki. Enderézate y ponte en onda que Don Cesare te espera.

—No sé para qué quiere verme. Necesito descansar, pues no todos los días se mata a un hombre a sangre fría. No creo que nadie esté preparado para eso. Cuando hay que hacerlo, se hace, pero es inevitable que una parte de lo que hiciste se te quede dentro.

Subieron por la empinada escalera de madera maciza de caoba con unas balaustradas ostentosas que con sus veinte escalones daba paso al primer piso de la mansión. Después, avanzaron a través del largo corredor que distribuía las diversas estancias en el lado izquierdo de la planta, dejando diáfano el derecho con una línea de altos ventanales desde donde podían contemplarse los jardines y arboledas que circundaban todo el palacete. Siguieron caminando hasta que Marcos se paró frente a una de las puertas. Y cuando lo hizo, la abrió suavemente y anunció:

—Don Cesare: aquí está Franki.

—Hazlo pasar. Y dile a Martino que nos prepare café y nos suba una buena bandeja de *cannolis*.

—Enseguida, señor Cesare.

Franki entró y se mantuvo lejos de la mesa central del despacho en el que Don Cesare atendía sus asuntos de negocio, y en donde en más de una ocasión (él había tenido que intervenir alguna vez en calidad de brazo ejecutor) se extorsionaba o sencillamente se daba muerte a quien no aceptase las reglas de juego impuestas por éste. Dio unos pasos más y no se movió del sitio hasta que el *Viejo*, que leía con atención unos papeles, lo miró por encima de sus gafas de aumento y le dijo:

—No seas tímido, Franki. Acércate hasta aquí y siéntate frente a mí.

—Gracias, señor.

—Bueno, me han dicho que has acabado el asunto que te mandé.

—Así es, Don Cesare.

—No esperaba menos de ti. Cuéntamelo todo con pelos y señales. Por cierto, ¿te aseguraste antes de abandonar el sitio que el tipo estaba listo de papeles? Dime lo que hiciste al respecto, pero no me mientas.

—Don Cesare: yo vi como caía al suelo en un charco de sangre; pienso que estaba muerto a juzgar por los gritos que daba la chica.

—¿De qué chica me hablas?

—Yo no la conozco, Don Cesare. Filipo Graciano me dijo que se llama

Albertina.

—¿Cómo te atreves a decirme que no conoces a Albertina?